

## Prólogo

**Place de l'Étape, Orleáns**

**16 de junio de 1566**

De Bale inclinó la cabeza y el verdugo empezó a tirar de la polea. El *chevalier* de la Roche Allié llevaba puesta la armadura completa, y el aparato se tensó y chirrió antes de que saltara el trinquete y el mecanismo empezara a elevarle. El verdugo había advertido a De Bale de las consecuencias que podría tener tanta carga, pero el conde no quiso ni oír hablar del asunto.

—Conozco a ese hombre desde niño, *maître*. Su familia es de las más antiguas de Francia. Si quiere morir con su armadura, está en su derecho.

El verdugo se guardó de llevarle la contraria; quienes se enfrentaban a De Bale solían acabar en el potro, o rociados con alcohol y abrasados. De Bale tenía el sello de la Iglesia y la gracia del rey. En otras palabras, aquel canalla era intocable. Lo más parecido a la perfección que podía alcanzar un mortal.

De Bale miró hacia arriba. Por ser sus delitos de lesa majestad, a De la Roche Allié se le había sentenciado a ser izado hasta una altura de cincuenta pies. De Bale se preguntaba si los ligamentos de su cuello aguantarían la tensión de la cuerda y las cien libras de acero a las que le habían atado sus escuderos antes de la ejecución. No estaría bien visto que se partiera en dos antes de ser arrastrado y descuartizado. ¿Había pensado De la Roche Allié en aquella eventualidad al hacer su petición? ¿Lo había planeado todo? De Bale no lo creía. El hombre era un inocente de vieja casta.

—Ya está a cincuenta, señor.

—Bájalo.

De Bale vio descender hacia él el fardo de la armadura. Estaba muerto. Era evidente. Llegado a aquel punto, casi todas sus víctimas se retorcían y pataleaban. Sabían lo que venía después.

—El *chevalier* está muerto, señor. ¿Qué queréis que haga?

—Bajar la voz, para empezar. —De Bale miró a la multitud. Aquella gente quería sangre. Sangre de hugonote. Si no la tenían, se volverían contra el verdugo y contra él, y los despedazarían miembro a miembro—. Arrástralo de todos modos.

—¿Disculpad, señor?

—Ya me has oído. Arrástralo de todos modos. Y asegúrate de que se retuerce. Chilla por la nariz, si hace falta. Falsea la voz. Y haz mucho teatro cuando lo destripes. La muchedumbre tiene que creer que lo está viendo sufrir.

Los dos jóvenes escuderos fueron a desabrochar la armadura del *chevalier*.

De Bale les indicó con un gesto que se apartaran.

—El *maître* lo hará. Volved a vuestras casas. Los dos. Habéis cumplido con vuestro deber para con vuestro señor. Ahora es nuestro.

Los escuderos retrocedieron, pálidos.

—*Maître*, quítale sólo la gola, el peto y la escarcela. Deja en su sitio las grebas, los quijotes, el yelmo y los guanteletes. Los caballos se ocuparán del resto.

El verdugo se puso manos a la obra.

—Estamos listos, señor.

De Bale asintió y el verdugo hizo el primer corte.

### **Casa de Michel de Nostredame, Salon-de-Provence, 17 de junio de 1566**

—Viene De Bale, señor.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabéis? No es posible. Hace diez minutos que una paloma mensajera ha traído la noticia.

El viejo se encogió de hombros y colocó su pierna hinchada más cómodamente sobre el escabel.

—¿Dónde está?

—En Orleáns. Dentro de tres semanas estará aquí.

—¿Sólo tres semanas?

El criado se acercó. Empezó a retorcerse las manos.

—¿Qué vais a hacer, señor? El *Corpus Maleficum* está interrogando a todos aquellos cuya familia haya profesado alguna vez la fe judía. Marranos. Conversos. Y también a los gitanos. A los moros. A los hugonotes. A cualquiera que no sea católico desde la cuna. Aquí ni siquiera la reina puede protegeros.

El viejo hizo con la mano un ademán de indiferencia.

—Poco importa ya. Me habré muerto antes de que llegue el monstruo.

—No, señor. Claro que no.

—¿Y tú, Ficelle? ¿Preferirías estar lejos de aquí cuando llegue el *Corpus*?

—Me quedaré a vuestro lado, señor.

El viejo sonrió.

—Me servirás mejor haciendo lo que te pido. Necesito que hagas un viaje en mi lugar. Un viaje largo y lleno de obstáculos. ¿Harás lo que te diga?

El criado bajó la cabeza.

—Haré cualquier cosa que me pidáis.

El viejo se quedó mirándole unos segundos, como calibrándole.

—Si fracasas en esto, Ficelle, las consecuencias serán mucho más terribles que cualquier cosa que De Bale, o el Diablo al que sirve sin saberlo, pueda inventar. —Vaciló con la mano apoyada sobre su pierna grotescamente hinchada—. He tenido una visión. Una visión de tal claridad que empequeñece la obra a la que hasta ahora he dedicado mi vida. He dejado sin publicar cincuenta y ocho

cuartetos por razones que no voy a explicar y que sólo me atañen a mí. Seis de esas cuartetos tienen un propósito secreto. Te explicaré cómo usarlas. Nadie debe verte. Nadie debe sospechar. Las cincuenta y dos cuartetos restantes hay que esconderlas en un lugar determinado que sólo tú y yo podemos conocer. Las he guardado dentro de este cilindro de bambú. —El viejo metió la mano bajo su sillón y sacó el cilindro sellado y envuelto—. Lo pondrás donde te diga y exactamente de la manera que te ordene. No te apartarás de mis instrucciones. Has de cumplirlas al pie de la letra. ¿Entendido?

—Sí, señor.

El viejo se recostó en el sillón, agotado por la intensidad de lo que intentaba comunicar.

—Cuando vuelvas, después de mi muerte, irás a ver a mi amigo y albacea, Palamède Marc. Le hablarás de tu misión y le dirás si has tenido éxito. Luego él te dará una cosa. Una cosa que asegurará tu porvenir y el de tu familia durante generaciones. ¿Me has entendido?

—Sí, señor.

—¿Confías en mi juicio y seguirás mis instrucciones al pie de la letra?

—Sí.

—Entonces serás bendecido, Ficelle. Por un pueblo al que nunca conocerás y por una historia que ni tú ni yo imaginamos ni siquiera remotamente.

—Pero vos conocéis el futuro, señor. Sois el más grande vidente de todos los tiempos. Hasta la reina os ha honrado. Toda Francia conoce vuestro don.

—Yo no sé nada, Ficelle. Soy como este tubo de caña de bambú. Abocado a transmitir cosas sin comprenderlas nunca. Lo único que puedo hacer es rezar por que detrás de mí vengan otros que hagan mejor las cosas.

# Primera parte



# 1

## París. Quartier Saint-Denis, en la actualidad

Achor Bale no disfrutaba matando. Hacía tiempo que no sentía ningún placer. Miraba al gitano casi con afecto, como podía mirarse a un conocido que se bajara de un avión.

Había llegado tarde, desde luego. No había más que mirarle para ver brotar la vanidad por cada uno de sus poros. El bigote años cincuenta, al estilo de El Zorro. La reluciente chaqueta de cuero comprada por cincuenta euros en el mercadillo de Clignancourt. Los finísimos calcetines granates. La camisa amarilla con estampado de penachos y enormes cuellos de punta. La medalla de oro falso con la imagen de santa Sara. El hombre era un dandi sin gusto, tan fácil de reconocer para los de su especie como un perro para otro perro.

—¿Has traído el manuscrito?

—¿Es que crees que soy imbécil?

No, desde luego, pensó Bale. *Un imbécil rara vez se avergüenza de sí mismo. Éste lleva su venalidad como una insignia en el pecho.* Bale se fijó en las pupilas dilatadas. En la pátina de sudor que cubría sus facciones bellas y afiladas como cuchillas. En el tamborileo de sus dedos sobre la mesa. En el golpeteo de sus pies. *Un drogadicto, entonces. Cosa rara, siendo gitano. Será por eso por lo que necesita tanto el dinero.*

—¿Eres *manouche* o *rom*? ¿O calé, quizá?

—¿A ti qué te importa?

—Por tu bigote, yo diría que *manouche*. Un descendiente de Django Reinhardt, quizá.

—Me llamo Samana. Babel Samana.

—¿Tu nombre gitano?

—Eso es secreto.

—Yo me llamo Bale. No es ningún secreto.

El tamborileo de los dedos del gitano sobre la mesa se aceleró. Miraba a todas partes: sus ojos volaban de un cliente del bar a otro, vigilaban las puertas, calibraban las dimensiones del techo.

—¿Cuánto quieres por él? —Directo al grano. Así tenía que ser con tipos como aquél. Bale vio que el gitano sacaba la lengua y se humedecía la boca de labios finos y virilidad prestada.

—Medio millón de euros.

—Ni más ni menos. —Bale sintió que una profunda calma se apoderaba de él. Bien. Era cierto que el gitano tenía algo que vender. No era todo un cuento—. Por esa suma, tendríamos que inspeccionar el manuscrito antes de comprarlo. Asegurarnos de su viabilidad.

—¡Y memorizarlo! Ya. He oído hablar de esas cosas. Tengo una cosa bien clara. En cuanto se sepa lo que contiene, no valdrá nada. Es su secreto lo que le da valor.

—Tienes razón. Me alegra mucho que te lo tomes así.

—Hay otra persona interesada. No creas que eres el único.

Bale cerró los ojos. Ah, así que tendría que matar al gitano después de todo. Torturarlo y matarlo. Era consciente de que un tic sobre su ojo derecho le delataba.

—¿Nos vamos a ver el manuscrito?

—Primero voy a hablar con el otro. A lo mejor tenéis que pujar.

Bale se encogió de hombros.

—¿Dónde vas a encontrarte con él?

—No voy a decírtelo.

—¿Qué quieres que hagamos, entonces?

—Tú quédate aquí. Yo me voy a hablar con el otro. A ver si va en serio. Y luego vuelvo.

—¿Y si no va en serio? ¿Me bajas el precio?

—Claro que no. Medio millón.

—Me quedo aquí, entonces.

—Eso es.

El gitano se levantó tambaleándose. Respiraba trabajosamente, el sudor le mojaba la camisa a la altura del cuello y el esternón. Cuando se dio la vuelta, Bale vio la marca de la silla en el cuero barato de su chaqueta.

—Si me sigues, lo sabré. No creas que no.

Bale se quitó las gafas de sol y las dejó sobre la mesa. Levantó la vista con una sonrisa. Conocía desde hacía tiempo el efecto que sus ojos cuajados surtían sobre las personas fácilmente impresionables.

—No voy a seguirte.

El gitano se quedó boquiabierto de asombro. Miró horrorizado la cara de Bale. Aquel hombre tenía el *ia chalou*, el ojo del diablo. La madre de Babel le había advertido contra aquella gente. Cuando uno los veía, cuando clavaban en ti sus ojos de basilisco, estabas perdido. En algún lugar, en lo más recóndito de su inconsciente, Babel Samana se estaba dando cuenta de su error. Se estaba dando cuenta de que se había equivocado al dejar entrar en su vida a ese hombre.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Descuida. Te estaré esperando.

Babel echó a correr en cuanto salió del café. Se perdería entre la gente. Se olvidaría del asunto. ¿En qué estaba pensando? Ni siquiera tenía el manuscrito. Sólo una vaga idea de dónde estaba. Cuando las tres *ursitory* [Parcas] se posaron sobre su almohada siendo un bebé para decidir su destino, ¿por qué eligieron las drogas como debilidad? ¿Por qué no la bebida? ¿O las mujeres? Ahora *O Beng* se le había metido dentro y le había mandado aquel basilisco como castigo.

Babel aflojó el paso. No había rastro del payo. ¿Serían imaginaciones suyas? ¿Había imaginado la malevolencia de aquel hombre? ¿El efecto de aquellos ojos terribles? Tal vez estaba alucinando. No sería la primera vez que le entraba el canguelo por culpa de una droga mal cortada.

Miró la hora en un parquímetro. De acuerdo. Quizás el otro todavía estuviera esperándole. Y tal vez fuera más benevolente.

Al otro lado de la calle, dos prostitutas se enzarzaron en una acalorada discusión sobre sus territorios respectivos. Era sábado por la tarde. Día del chulo en Saint-Denis. Babel se vio reflejado en un escaparate. Se lanzó una sonrisa trémula. Si el trato le salía bien, quizás él también pudiera llevar a un par de chicas. Y tener un Mercedes. Se compraría un Mercedes color crema con asientos de cuero rojo, posalatas y aire acondicionado, e iría a que le hicieran la manicura en uno de esos sitios en los que payas rubitas con delantal blanco te miran con cara de deseo desde el otro lado de la mesa.

*Chez Minette* estaba a dos minutos andando. Lo menos que podía hacer era asomarse y echarle un vistazo al otro. Picarle, a ver si le daba una señal en prueba de su interés.

Y luego volvería quejándose al campamento cargado de dinero y regalos y haría las paces con la *hexi* de su hermana.

## 2

Adam Sabir había deducido hacía tiempo que su búsqueda estaba abocada al fracaso. Samana llegaba cincuenta minutos tarde. Lo único que le mantenía en su sitio era la fascinación que le producía el turbio ambiente del bar. Mientras observaba, el barman empezó a bajar los cierres metálicos de la entrada.

—¿Qué pasa? ¿Va a cerrar?

—¿A cerrar? No. Voy a encerrarnos aquí dentro. Es sábado. Hoy bajan todos los chulos al centro en tren. Arman jaleo en la calle. Hace tres semanas me rompieron las lunas. Si quiere irse, salga por la puerta de atrás.

Sabir levantó una ceja. Bien. Aquélla era una forma ciertamente novedosa de conservar la clientela. Echó mano de su tercera taza de café y la apuró. Notaba ya el aguijoneo de la cafeína en el pulso. Diez minutos. Daría a Samana otros diez minutos. Luego, aunque técnicamente todavía estaba de vacaciones, se iría al cine a ver *La noche de la iguana* de John Huston y pasaría lo que quedaba de tarde con Ava Gardner y Deborah Kerr. Otro capítulo que añadir a su libro (invendible, no había duda) sobre las cien mejores películas de todos los tiempos.

—Una caña, por favor. No tengo prisa.

El barman se dio por enterado con un ademán y siguió bajando los cierres. En el último momento, un tipo delgado y ágil se deslizó bajo la puerta y se irguió apoyándose en una mesa.

—Hola. ¿Qué quieres tomar?

Babel hizo caso omiso del barman y miró frenético a su alrededor. Tenía la camisa empapada bajo la chaqueta, y el sudor le cho-

rreaba por la barbilla angulosa. Achicando los ojos para defenderse del reverbero de la luz del bar, fue fijando la mirada en cada mesa con intensidad obsesiva.

Sabir levantó un ejemplar de su libro sobre Nostradamus, como habían acordado, con su fotografía a la vista. Así pues, el gitano había llegado por fin. Ahora llegaría el chasco.

—Estoy aquí, *monsieur* Samana. Venga a sentarse conmigo.

Babel tropezó con una silla en su afán por llegar hasta Sabir. Se enderezó y siguió cojeando con la cara vuelta hacia la entrada del bar. Pero estaba a salvo de momento. Los cierres estaban bajados del todo. Se había librado de aquel payo mentiroso con ojos de loco. El payo que le había jurado que no le seguiría. El payo que luego le había seguido hasta *Chez Minette*, sin molestarse siquiera en ocultarse entre la gente. Babel todavía tenía una oportunidad.

Sabir se levantó con expresión inquisitiva.

—¿Qué ocurre? Parece que haya visto un fantasma. —De cerca, la brutalidad que creía haber detectado en la mirada del gitano se había transformado en una hueca máscara de terror.

—¿Usted es el escritor?

—Sí. ¿Ve? Ese soy yo. El de la solapa del libro.

Babel alargó el brazo hacia la mesa contigua y cogió un vaso vacío de cerveza. Lo rompió sobre la mesa, entre ellos, y aplastó con la mano los cristales rotos. Luego su zarpa ensangrentada se apoderó de la mano de Sabir.

—Lo siento. —Antes de que Sabir tuviera tiempo de reaccionar, el gitano le apretó la mano contra los cristales rotos.

—¡Dios! Serás cabrón... —Sabir intentó retirar la mano.

El gitano se la sujetó con fuerza y le obligó a pegarla a la suya, hasta que las manos de ambos quedaron unidas entre el engrudo que formaba la sangre. Después se dio un golpe en la frente con la palma ensangrentada de Sabir, dejando una mancha difusa sobre la piel.

—Ahora escúcheme. ¡Escúcheme!

Sabir se desasíó de la zarpa del gitano. El barman salió de detrás de la barra blandiendo un palo de billar cortado.

—Dos palabras. No las olvide. Samois. Chris. —Babel retrocedió para apartarse del barman y levantó la palma manchada de sangre como si lanzara una bendición—. Samois. Chris. ¿Se acordará? —Arrojó una silla al barman y aprovechó la confusión para orientarse respecto a la salida—. Samois. Chris. —Señaló a Sabir con los ojos desquiciados por el miedo—. No lo olvide.

# 3

Babel sabía que corría para salvar la vida. Nunca había estado tan seguro de una cosa. Tan convencido de algo. Sentía en la mano un palpito doloroso y violento. Le ardían los pulmones, y cada bocanada de aire le desgarraba por dentro como si fuera cargada de clavos.

Tras él, a cincuenta metros de distancia, Bale le observaba. Tenía tiempo. El gitano no tenía adónde ir. Nadie con quien hablar. La Sûreté le pondría una camisa de fuerza al primer vistazo. La policía de París no era muy caritativa con los gitanos, y menos aún con los gitanos cubiertos de sangre. ¿Qué había pasado en el bar? ¿A quién había visto? Bueno, no tardaría mucho en descubrirlo.

Vio la furgoneta Peugeot blanca casi inmediatamente. El conductor estaba pidiendo indicaciones a un limpiacristales. El limpiacristales señaló hacia Saint-Denis y encogió los hombros con desconcierto galo.

Bale arrojó al conductor a un lado y subió al taxi. El motor seguía ronroneando. Metió la marcha y aceleró. No se molestó en mirar por el retrovisor.

Babel había perdido de vista al payo. Se volvió y miró hacia atrás mientras corría de espaldas. Los transeúntes se apartaban, repelidos por su cara y sus manos ensangrentadas. Se detuvo. Se quedó parado en la calle, resollando como un ciervo acorralado.

El Peugeot blanco se subió al bordillo y golpeó su muslo derecho, aplastándole el hueso. Babel rebotó en el capó y cayó a plomo

en la acera. Casi inmediatamente sintió que unas manos fuertes lo agarraban de la chaqueta y la culera de los pantalones y lo levantaban en vilo. Se abrió una puerta y fue arrojado dentro del taxi. Oía un chillido agudo y terrible; comprendió entonces que aquel ruido procedía de él. Levantó los ojos en el instante en que el payo lo golpeaba debajo de la barbilla con la parte inferior de la palma de la mano.